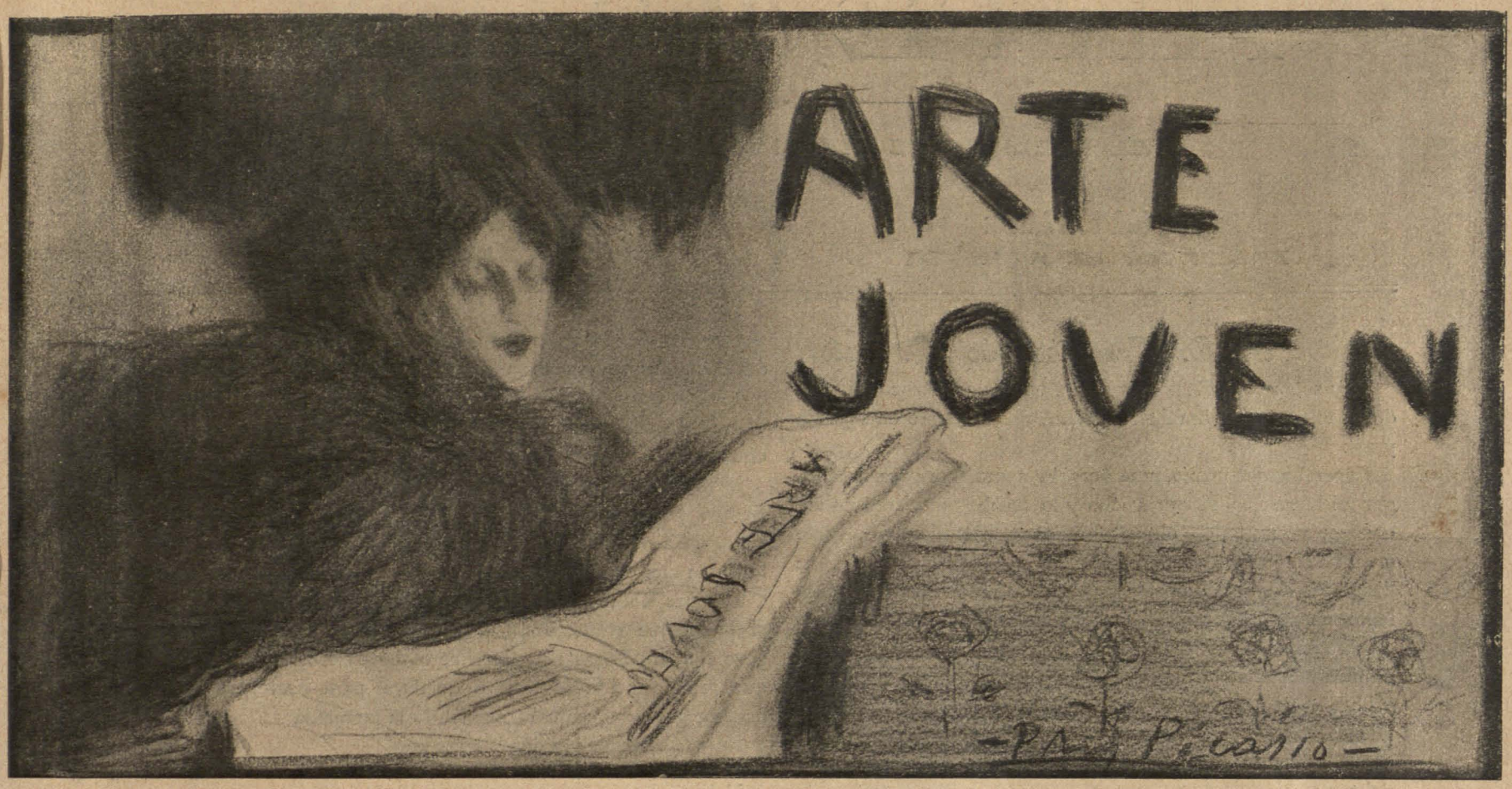
Número 3. Madrid 3 de Mayo de 1901. **15 céntimos.**



Dibujo de Pablo Ruiz Picasso.

ARTE JOVEN

SE PUBLICA LOS DÍAS 15 Y 30 DE CADA MES

DIRECTOR LITERARIO:
FRANCISCO DE A. SOLER

DIRECTOR ARTÍSTICO:
PABLO RUIZ PICASSO

Sr D. Francisco de A. Soler.

Muy señor mío: Recibo su carta, que le agradezco, pidiéndome un artículo para ARTE JOVEN, y la contesto en seguida y así:

Esperaba, señor mío, una ocasión como ésta para desahogar mi hígado, y la aprovecho y lo desahogo. Usted no me conoce; yo no tengo el gusto de conocerle; y no es posible creerme con ninguna anterior animosidad contra usted. Se me dirige usted honrándome, porque me supone usted con el talento necesario para colaborar en ARTE JOVEN; y si el pordiosero creado por Janín llamaba Dios al transeunte, usted emplea mayor elogio, porque nunca llegaría á creerme Dios; y llegaré, si usted se lo propone, á creerme un hombre de talento. Por ello, siempre que se me pedía un artículo, lo daba por soberbia; y, además, por cortesía, porque mi alejamiento del trato social me ha conservado con aquellas prácticas de buena educación que hoy hacen reir á cualquier predicador joven y á cualquier señorita de la aristocracia. A juicio mío, aspiran todos á ser autoridades, y las autoridades nunca han tenido educación; el mismo Padre Eterno, lanzando del Paraíso á la señorita Eva, no estuvo ni correcto ni galante.

Pues ya me he cansado de dar artículos, y no doy ninguno. Esperaba una ocasión como ésta, y la aprovecho. Soy tan holgazán y tan ignorante, que no sé nada acerca de usted, y además soy tan insignificante, que usted nada sabe acerca de mí; de modo que mi descortesía para con usted no puede ser atribuída á ninguna causa oculta, sino á que estoy hasta aquí (parte superior de la calva que corona mi cabeza) de los directores de periódicos.

Hace pocas semanas se publicó en una Revista un cuento mío, donde la *manía* del protagonista pasó á ser *mamá*, y la *mamá* pasó á ser *manía;* conque el cuento, que en buen estado no hubiese sido comprensible para diez españoles, quedó incomprensible para su propio autor. ¡Y para esto piden cuentos!

En una «Hoja literaria» me *soltaron* lo siguiente: *Por insertar la preciosa composición del poeta americano Grosso da Pounta, no publicamos un cuento de Silverio Lanza; lo haremos mañana en el sitio de costumbre.* ¡Como los bandos de buen gobierno! Esto no les interesaba á los lectores; ¿á quién podía agradar?, al Sr. Groso, y se le dió esa satisfacción, que es misérrima, porque el Sr. Grosso las merece mayores; él dijo:

> .....*esa*
> *línea curvada ó círculo celeste*
> *que los poetas llaman horizonte.*

¡Admirable!

Ni las líneas pueden ser curvadas como las cosas cuando se encorvan, porque las líneas son intersecciones de superficies reales ó imaginadas. Ni una línea curva puede ser confundida con un círculo, que es un plano. Ni los horizontes, racional y sensible, son círculos celestes. Ni la palabra horizonte es exclusiva de la poesía ni la crearon los poetas. Ni el periódico debió darme aquel intempestivo par de coces, que ha descubierto que el Sr. Grosso y el director de la Hoja están en instrucción y en cortesía á esa altura (señalo al fondo de un abismo que *se abre* á mis pies).

Un rotativo de Madrid publicaba casi á diario unos artículos míos que llamaron la atención, y tuve que suprimirlos porque el director, ni me suscribía al periódico, ni me lo enviaba gratis; conque, de continuo, me ponía en ridículo.

Hay director de gran periódico que le da á usted, ó á mí, ó á cualquier señora mayor, dos *bofetás* ó tres *patás,* y se queda tan tranquilo. Yo le vi dar una *guantá* á un portero; la víctima no pudo gritar, tomó la forma esférica y rodó por el entarimado.

Moya, que es persona correctísima, se va quedando sin tiempo (acaso por lo mucho que lo aprovechan sus amigos), y llegará á no dar gracias cuando le digan: ¡Jesús!; aunque se lo digan con cariño y con razón.

Francos Rodríguez tiene, entre sus extraordinarios méritos, el de haberse educado así mismo, y lo ha hecho muy bien; pero si ahora Sagasta no le hace embajador, tendrá Francos que renunciar á la política, ó quedarse para Ferreras bis, ó hacerse grosero y canalla, siguiendo la conocida

> senda por donde han ido
> los personajes que en España han sido.

Nakens, con su camisa vieja, su traje sucio, su pantalón desabrochado y sus manos manchadas de tinta, es el periodista más caballero de cuantos han convertido las ideas en proyectiles, sin más plomo que el de las cajas ni más arma que la pluma. Valiente como ninguno, ha atacado sin defenderse y sin abusar del vencido; y cuando, nuevo Sansón, ha sacudido las columnas de los templos dedicados á los dioses, á los reyes, á las instituciones y á los caciques, lo ha hecho siempre con una caballerosa cortesanía que desconoce cualquier critiquillo de menudencias. Sin embargo, no le agradezco á Nakens su corrección, porque la derrocha con todo el mundo. Muchas veces, después de verle despedir cortésmente á cualquier sujeto, le he preguntado á don Pepe:

—¿Quién es ese?

—El *íntimo* del general N. El que tuvo la falsificación de billetes en la calle de San Onofre. El dueño de la mancebía de la Lola.

¡Democracias de Romero Robledo!

Créame usted, señor Soler, lo que generalmente se llama educación es un arte: el arte de ser agradable. Hallándose olvidado por la gente vieja, debe de formar parte del Arte Joven. Inclúyalo usted en el programa de su simpática Revista, y si me asegura usted que como director es usted tan correcto como particular, le enviaré usted un artículo: y si no le gusta á usted, pasaré á recoger las cuartillas, porque eso de

No se devuelven los originales que se nos remitan,

no tiene ni buena sintaxis ni mejor educación.

Y mande usted en otra cosa á su afectísimo seguro servidor, q. b. s. m.,

SILVERIO LANZA

RETABLO

No palpitan, no viven las figuras
que componen el cuadro;
todas van colocadas en hilera
y sobre el mismo plano.
La simetría rígida preside
la formación sencilla,
inspirada en el canon de las viejas
pinturas bizantinas,
y la augusta patina de los siglos
amortiguó los tonos,
envolviendo la escena en un ambiente
obscuro, melancólico,
Nimbados por la luz tenue y dorada
de apagado reflejo,

los mártires elevan los semblantes,
demacrados, al cielo.
Las clámides azules de las vírgenes,
de idéntica manera
veladas, aparecen sobre el fondo
obscuro de una iglesia,
y el ropaje sombrío de los santos,
de matiz uniforme,
completa por los lados el conjunto
sencillo de colores.
Los pliegues paralelos de los hábitos
se quiebran en el piso,
formando á las hieráticas figuras
un anguloso plinto.
En el fondo, entreabiertos ajimeces
perfilan un paisaje
de montañas azules con reflejos
morados de la tarde.
Dividen el retablo dos columnas
en oro cinceladas,
suben hasta la clave y se confunden
en un hierro de lanza,
y en la ojiva flamea y deja paso
un rosetón inmenso,
por sus vidrios de pálidos colores,
al resplandor del cielo.

JUAN GUALBERTO NESSI

OCTAVIO (1)

—¡Hola!—me dijo, después de abrir él mismo la puerta.

Entré sin detenerme en cumplidos, con la familiaridad propia de la estrecha amistad que nos ligaba, atravesé el largo pasillo y penetré canturreando en su cuarto de estudio.

Entonces comprendí que había obrado de ligero al llegar hasta allí tan de improviso, aun cuando en realidad no era yo el responsable, sino el dueño de la casa por haberme franqueado la entrada: en su cuarto de estudio se encontraba una mujer, una dama de unos cincuenta años, muy conocida entonces en los círculos madrileños, por sus alardes artísticos; sus cuadros habían llamado la atención en algunas exposiciones, por lo atrevido del asunto y por cierta habilidad de imitación clásico modernista.

Mi amiga—lo era desde hacía ya algunos años—había reconocido sin duda mi voz, al saludar yo en la puerta á Octavio, dándose cuenta de su comprometida situación, á solas en el cuarto de un hombre soltero. Imposibilitada de ocultarse, se había sentado junto al piano, y roja como un ascua, simulaba hojear atentamente unas sonatas, cuando aparecí en la puerta de la habitación.

Me acerqué cortésmente, disimulando mi sorpresa, y saludé con la mayor naturalidad á mi antigua conocida. Octavio entró en pos de mí un tanto perplejo. Pero en vano quisimos ambos romper el hielo con frases amables y obsequiosas: ella, leyendo, á mi pesar, en mi semblante mis maliciosos pensamientos, se levantó á los pocos segundos, saludó con forzada sonrisa y salió descompuesta y avergonzada seguida por mi amigo que la acompañó hasta la puerta.

Una involuntaria imprudencia acababa de descubrir ante mis ojos un jirón de realidad brutal y siniestra: Octavio Farnés era un pianista genial; aquella dama lo había revelado en sus salones al mundo de la moda y del arte; ella era viciosa, dominante, groseramente sensual, con arrestos hombrunos; Octavio era bondadoso, tierno, dócil como un niño, y desde hacía unos meses empezaban á delatarse en él, con sorpresa de los que le queríamos, los primeros síntomas de la tisis...

—Se habrá enojado—le dije con sencillez cuando volvió.

—Sí—repuso contrariado, cayendo inocentemente en el lazo que yo le tendía.

—Debiste detenerme.

—Entraste tan resuelto...

—Pues siento haber sido importuno...

—No—exclamó suspirando—, si me alegré de tu visita...

(1) Del libro de cuentos *Al vuelo*, que acaba de publicarse.

por eso en los primeros momentos no me dí cuenta de que debía cerrarte el paso.

—Un par de besos lo arreglará todo.

Al oir estas palabras, me miró Octavio abriendo desmesuradamente los ojos:

—¿Qué dices?—exclamó con sorpresa y enojo, comprendiendo que su fraternal confianza le había llevado á cometer otra torpeza.

—La verdad—repuse, resuelto á intentar una buena obra—no hay nada como unos cuantos besos apasionados para poner fin á los denuestos de una querida.

—¡Calla!...

—Sobre todo si la querida ha pasado de los cincuenta.

Mi amigo se acercó á mí convulso y colérico:

—¡Supongo que retirarás esas palabras!—gritó.

—Calmate—le dije tranquilamente—, nadie nos oye, y por tu parte debes escuchar á un amigo que es para ti un hermano y que tiene más experiencia que tú.

—Pero estás en un error...

—No seas niño.

—Se trata de una señora...

—Que ha abandonado á su marido hace veinte años.

—Para dedicarse á su arte y á la educación de sus hijos...

—Sus artes, si te parece mejor... Por lo demás, sería preciso hacer un viaje de información á París...

—¡Eso es una infamia!

—He conocido á esa mujer mucho antes que tú... Pero ¿á que esforzarme? Puedes enojarte si quieres: tú sabes muy bien que tengo razón y que es ridículo discutir conmigo después de lo que acaba de ocurrir. No es esa dama de las que se sonrojan sin motivo, ni creo que se dedique ahora á estudiar el solfeo en las sonatas de Beethoven.

Octavio se dejó caer en una butaca y quedó ensimismado, sin decir palabra, mientras que yo, un tanto nervioso, paseaba á lo largo del cuarto.

—Amigo Octavio—le dije al fin deteniéndome ante él y poniendo mi mano en su hombro afectuosamente—, escúchame, y escúchame con calma. No puedes decir que soy un difamador: cien veces hemos hablado de esa mujer, á la que debes el feliz comienzo de tu fama de artista, y jamás he pretendido apartarte de ella ni denigrarla á tus ojos. Hoy sí, me creo en el deber de aconsejarte, porque veo que tu protectora cobra demasiado caros sus favores. Ya no digo el amor, ni el placer más torpe puede encadenarte á esa mujer; lo sé porque te conozco... Y la conozco á ella también; por eso adivino en esto algo depravado... La traté cuando aún era joven; siempre fué fea, hasta el extremo de que alguien asegure que en cierta ocasión un célebre artista y académico tuvo que franquearle la puerta de su estudio para tratar de no sé qué asunto de arte, ocurriendo que al terminar la entrevista y retirarse la dama, se cruzó con ésta un colega del inmortal que venía, como de costumbre, á echar un párrafo y fumarse un cigarro en compañía de su amigo.—¿Es posible?—cuentan que exclamó el recién llegado, sonriendo maliciosamente, cuando quedaron solos.—Te diré—contestó el interpelado—; ha habido un momento en que por galantería me creí obligado... pero un pensamiento terrible me heló la sangre: ¿y si no se me...?—Sin embargo, aun con su facha vulgar, es posible que sus amantes de entonces, menos refinados que el académico del cuento, encontrasen en ella atávicos encantos... A estas alturas, ya ni eso es posible; y si no, confiesa la verdad: ¿la has solicitado tú? ¿la has besado con amor alguna vez?...

Octavio se levantó pálido, convulso, irritado, como yo no le había visto jamás.

—¡Basta!—gritó—¡basta!... ¡Yo no he solicitado á esa mujer! ¡Yo no he correspondido jamás á sus caricias!... ¡La he tolerado! ¿Entiendes? ¿La he tolerado?

Dichas estas palabras, se dejó caer con fatiga enfermiza sobre un diván, y guardó silencio.

Me acerqué á él de nuevo.

—Lo sé, infeliz, lo sé,—le dije dulcemente—. Eres demasiado bueno, llevas demasiado lejos tu gratitud. No te ofenda nada de lo que te digo; leo en tu alma como he leído en la de esa mujer, que es hembra en todos los poros de su cuerpo, y sé que tú no has correspondido á su afán porque eso sería materialmente imposible; sé que no estás enamorado de ese adefesio viejo y deforme con panzuda deformidad de araña, como diría uno de tus poetas favoritos... y no te pido explicaciones, no las necesito; se me alcanza que si tú hubieras previsto lo que ocurre, no te hubieras acercado á ella jamás, me imagino cómo habrá sido sorprendida tu voluntad... Podría contarte la historia de esta aberración en todos sus detalles... ¿Lo dudas?... Mira—exclamé—, alguien hablará aquí por mí.

Y dirigiéndome al estante de sus libros, abrí uno muy conocido y leí lentamente:

«... *la baronne, entiérement nue toute rose des flammes qui la cuisaient, était agenouillée*«... (*).

Me arrancó el libro de las manos y lo desgarró con rabia.

—¡Eso!—exclamé—eso es lo que tienes que hacer, romper, pero no las páginas de ese libro, sino toda relación, toda amistad con esa mujer, y de modo que no puedan volver á reanudarse jamás. Ahí tienes tintero y pluma—añadí, haciéndole sentarse ante un pequeño pupitre—, aquí tienes papel: dos líneas solamente y has terminado.

—¿Qué quieres que escriba?—me preguntó vacilando.

—Algo duro y terminante que no deje lugar á dudas y que no tenga arreglo posible: «Señora, doy por saldadas nuestras cuentas y le ruego olvide el camino de esta casa».

—¡Yo no puedo escribir eso!—dijo firmemente, golpeando la mesa.

—Pues entonces estás perdido.

—Le propondré una noble y leal amistad.

—Tu carácter es demasiado débil para eso. Ciérrale tu puerta.

(*) *Zola.—L'Argent.*

—No debo hacerlo.

—Entonces la cerrarás muy pronto al mejor de tus amigos.

—¡Estás loco!

—Acuérdate de lo que digo.

Cogí el sombrero, y después de insistir vanamente en mis consejos, le estreché la mano y salí consternado...

Su puerta no volvió á abrirse para mí.

A los pocos meses moría Octavio Farnés, cuando apenas había pisado el umbral de la gloria.

EMILIO FERNÁNDEZ VAAMONDE.

LA EMOCION DE LA NADA

Esplendente y bravío sol de Marzo, que luce en las blancas paredes en reverberaciones cegadoras y hace brillar los aterciopelados tonos del temprano alcacel, invita á discurrir por las afueras de la ciudad vetusta. Salgo de Yecla: ante mí se extiende el adusto, tétrico, desolador paisaje de yermos páramos y decalvadas lomas. A espaldas del castillo, la tierra infértil toma amarillentos, pardos, negruzcos tintes que se pierden en la infinita lejanía de la llanura. A un lado, en primer término, el *cerro de las Trancas*, rapado y seco, destaca poderoso en el intenso añil del cielo; más lejos, en el fondo, el azul del horizonte se confunde y disuelve en la larga pincelada tenue de la zarca cordillera de Salinas. Un camino ancho y blanco se aleja serpenteando entre plomizos olivos. Al final, por encima de un muro, asoman resaltando en la viva luz solar las agudas copas de cuatro ó seis cipreses.

El sol refulge en los cristales de los nichos y hace brillar las manchas blancas, negras, doradas de las lápidas. Sosegadora calma envuelve el campo todo. De cuando en cuando, dos cuervos cruzan graznando ásperamente sobre las tapias. Blancas y redondas nubes avanzan lentas. A lo lejos se oye el persistente tintineo de una campana...

En la puerta asoma un grupo de labriegos enlutados y mujeres arrebujadas en negras mantellinas. Al andar, mientras cruzan la sagrada tierra, aparece á intervalos entre la negrura de los trajes una mancha de vívida blancura. Hombres y mujeres penetran en la capilla desmantelada y diminuta. Entonces, sudorosos, cuatro mozos depositan sobre el altar una caja de acristalada cubierta y fórmase alrededor de la caja, sobre el cristal, un cerco de anhelantes caras que miran ávidamente el pálido rostro de una niña.

Hablan mujeres y hombres tranquilamente sobre el modo de enterrarla; la niña, cruzadas las finas manos sobre el pecho, parece que va á despertar de un sueño. Uno de los asistentes la contempla y dice sonriendo: «¡El sol la ha puesto coloraica!» Poco á poco van dejándola sola...

Al final de una calle de nichos, un hombre vestido con un chaquetón pardo, da, arrodillado, fuertes picotazos en la tapa de una terrera tumba. Todos los que han traído la transparente caja de la «mocica», se agrupan en su torno. A cada embate de la piqueta, el humano cerco se condensa y aproxima. El negro agujero se va ensanchando, y nos sentimos atraídos brutalmente hacia el misterio eterno de la nada. Momentos supremos; la débil paredilla cede por fin, y la siniestra oquedad queda completamente al descubierto... Todos miran ávidamente; los niños se arrastran, curiosos, gateando; una vieja apergaminada explica quién fuera allí enterrado años atrás, y el sepulturero mete el busto en el nicho y forcejea. Un labriego exclama festivamente: «¡Arrempujarle pá que se quede drentro!» Y la concurrencia ríe la gracia...

El sepulturero forcejea, y mientras saca podridas tablas y jirones de ropa y negruzcos huesos, yo pienso en este breve término de la vida, fugacísimo punto en la evolución de la materia universal y perenne. Como estos puñados de negra tierra serán dentro de diez, de veinte, de cincuenta años, mis amigos y mis enemigos, mis odios y mis amores... y yo mismo. Así serán las presentes y afanosas generaciones: los obreros que penan en las fábricas, los labriegos que benefician el campo, los gobernantes que nos esquilman y tiranizan, los reyes y los genios, todos, todos en inmensa mortuoria danza caminan á la muerte y en la muerte rematarán sus bienandanzas y desventuras, sus alegrías y amarguras... Y la materia, siempre la misma, igual eternamente, caminará impasible á nuevas formas y renovaciones diversas, en perpetuo y ciego torbellino engendrador de mundos.

Cae la tarde; se inflama en el horizonte lejano de esta campiña yeclana desolada de dorados y rojizos tonos las nubes, y entre la penumbra, ante el montón de negra y humana tierra, medito taciturno en la deleznable y perecedera máquina del hombre, y en el eterno espíritu de los hombres pasados, que flota y vive con nosotros; en el espíritu de los seres amados, que desde el inquietante misterio de la muerte, nos conforta y alienta en esta honda tristeza de la vida...

J. MARTÍNEZ RUIZ.

Yecla, 3 de Abril.

LA ÚLTIMA SENSACIÓN

I

Era yo juez de A... y una noche fría y tempestuosa de invierno interrumpió el criado mi sueño para comunicarme que en un *chalet* situado á media legua escasa de la población se había suicidado el señor X.

Me vestí de mala gana y encaminé mis pasos hacia el lugar del suceso.

Cuando llegué encontré la casa revuelta; todo era confusión. Los criados, azorados, no daban pie con bola, medrosos de que la justicia, para esclarecer el asunto, les enredara en un proceso.

El señor X. yacía muerto en la cama, boca arriba. Tenía un puñal clavado en el corazón y su mano derecha agarraba fuertemente el mango.

Me dijeron los criados, que á las seis da la tarde se retiró el señor X. á su habitación y que á las nueve próximamente oyeron un gemido ahogado que les puso en sobresalto, y como el gemido se repitiera y estando ciertos de que había partido del cuarto de su señor, entraron para ver si se le ofrecía algo, y ¡cual sería su sorpresa al encontrarlo muerto del modo descrito!

Era el señor X. un hombre como de cuarenta años de edad, alto, enjunto de carnes, de barba rubia y de ojos azules.

No era conocido en la comarca. Hacía algunos meses que había adquirido el *chalet* que habitaba. Era muy aficionado á la caza; siempre andaba vagando por el monte al acecho de una liebre ó de una perdiz.

No se trataba con nadie, huía de todo ser humano y debido á esto sin duda adquirió el señor X. en poco tiempo un tinte novelesco, y como siempre se exagera y se inventa, no faltaron desocupados que, pretendiendo estar bien enterados, contaban las más absurdas patrañas y las historias más inverosímiles.

Decían unos que era un príncipe desterrado; otros sostenían que se había retirado del mundo para llorar sus culpas, que eran muchas, y otros afirmaban que era dicho señor un loco de remate.

No tenía familia y si la tenía no era conocida; vivía con sus criados, á los que molestaba muy poco.

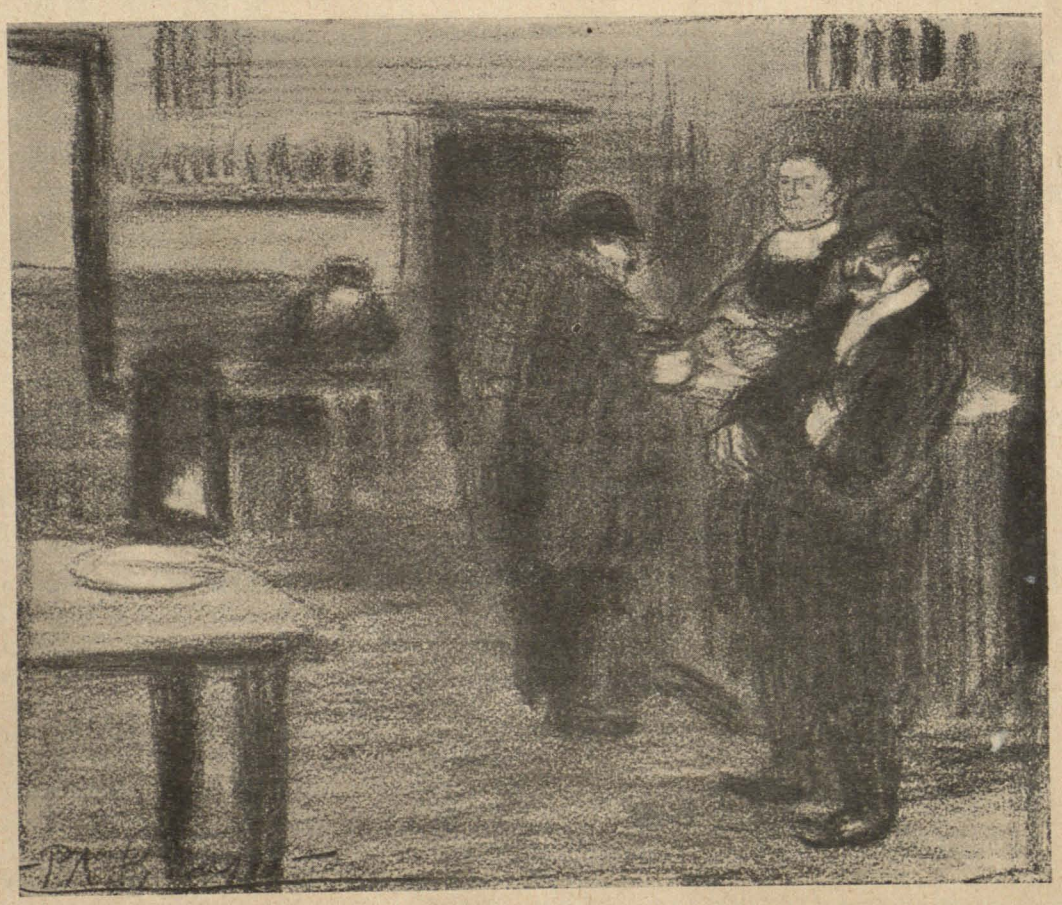
Así es, que con todos estos antecedentes poco me asombró el suicidio del buen señor y deseando esclarecer el misterio, registré la habitación para ver si encontraba algo que diera un poco de luz, y encima de una mesa hallé un papel escrito que comenzaba diciendo: *Al señor juez de instrucción.*

Y como la impaciencia que sentía era muy grande me acerqué á la luz y leí lo que sigue:

II

...Señor juez: No culpen á nadie: me he suicidado.

¿Por qué... pues por el *placer* de sufrir; ávido de una sensasión más.



He gozado mucho... ¡El amor! ¡qué sensación más dulce!... pero tanto amé, tanto abusé del amor que llegó un día en que la mujer se me hizo insoportable.

No encontrando placer en la mujer, lo busqué en el juego. ¡Qué sensación más grande jugarse cien mil pesetas á una carta!... mas tanto jugué, que al cabo de algún tiempo advertí que el juego me aburría soberanamente.

Para gozar y distraerme, sediento de nuevas sensaciones, emprendí un largo viaje. Recorrí la América, el Asia y el Africa; cazé leones y panteras, luché cuerpo á cuerpo con los salvajes y un día... me cansé también de cazar y de batirme: noté que me fastidiaba la caza y la lucha del mismo modo que la mujer y las cartas.

Y ávido de sensaciones, ¡asómbrese usted, señor juez! he sido hasta salteador de caminos.

Pero de todo me he cansado, hace algún tiempo que en vano lucho, buscando una sensación nueva, y como la vida sin sensaciones no es vida, quiero suicidarme.

¡La Muerte! ¡qué sensación más grande!

Verla acercarse poco á poco, siniestra, amenazadora... sentir sus labios helados posarse en los vuestros ardientes; sentir el beso fatal que os roba el último hálito de vida...

¡La Muerte! ¡la Muerte, teniendo conciencia de que vais á morir y de que morís porque queréis, porque es vuestro gusto!.. ¡qué sensación más inmensa! ¡La última, pero la más grande!..

¡Cómo voy á gozar!... Tengo el puñal preparado; es nuevo, reluciente, tiene el mango de oro, y la hoja es de acero de Toledo. Es una obra de arte.

Lo estoy viendo mientras escribo esta carta. ¡Con qué suavidad su hoja fina y brillante penetrará en mi corazón!...

Qué sensación más dulce y más horrible á la vez debe de ser el apoyar suavemente su punta en la carne... ¡qué cosquilleo!...

Después... ¡apretad un poco!... ¡ay!... ¡sangre! ¡la primera gota!... ¡roja como la amapola!...

Pero la herida es pequeña y pequeño el dolor; ¡apenas hay sensación!...

¿Queréis ver salir la sangre á borbotones y sentir el *placer del dolor* con toda su extensión?... ¡Apretad, hundid el puñal, más... más aún!...

Ya no es la piel lo que pincháis, ya desgarra su acerada hoja vuestra carne... ¡Animo!... ¡no desfallezcáis, que ya llegamos al fin!... ¡Un poco más y penetra en el corazón!... ¡á la una, á las dos, á las!...

. . . . . .

. . . . . .

Basta; no puedo más; la Muerte me llama... ¡Ya vengo, ya vengo, querida mía, á desposarme contigo!... ¡aquí tienes mis labios ardientes para que los beses!...

¡La última sensación!... ¡Ven, ven á mí, Muerte; ven, esposa fiel!... ¡Abrázame y llévame contigo, que quiero ver la Eternidad!...

¡Ven, Muerte... bésame!...»

III

Esto leí en aquel papel y me impresionó profundamente. Dirigí una mirada de compasión al pobre loco. Su boca estaba contraída nerviosamente por una mueca siniestra que quería parecerse á una sonrisa.

¡Qué sonrisa más triste y más horrible!...

FRANCISCO DE A. SOLER

Los conciertos.

Con el mes que cuaja
las flores de almendro,
en los amplios teatros empiezan
á sonar los alegres conciertos.
La tierra desciñe
sus ropas de duelo,
y se viste de luz y alegría
de su propio vigor renaciendo.
Un himno sin notas,
un canto sin ecos
parece que brota de ramas y luces,
de brotes tempranos y troncos añejos;
oración sublime
de la vida, que estalla de nuevo,
y que llena de leves susurros
la mente y el alma, la tierra y el cielo.
Dulce olor de violetas azules,
leves rastros de aroma de cuerpos,
esencias suaves de frescos narcisos
y hálitos sutiles de finos cabellos,
en la sala se mezclan y funden,
en la sala en que suena el concierto,
y el sol de la tarde, calando los vidrios,
los átomos de oro remueve en su fuego.
Sobre el escenario
el teclado sonoro está abierto,
y en atriles las líricas hojas
enseñan sus notas como un hormiguero;
hormiguero ó compacta bandada
de raros insectos,
que al golpe del ritmo las alas alzando,
zumba como enjambre sonoro en el viento.
Entonces la orquesta,
marcando un *crescendo*,
á las trompas arranca gemidos,
con las flautas combina arabescos,
del gentil clarinete entrelaza
los sonidos nasales y bellos,
los oböes sus sones extraño
mezclan de los bajos al bárbaro estruendo,
y las hojas metálicas chocan
como en el combate reñidos aceros,
y fingen que cruzan en carros de plata,
llevados en triunfo los héroes de un pueblo.
Después, una nota como hilo de oro
aislada en el aire transmite su eco,
y el arco en la cuerda se arrastra tan leve
como si la brisa lo fuese moviendo;
y parece la escala cromática
con que acaba el gentil instrumento,
mariposas en raudo desfile
que sobre la cuerda resbalan huyendo...
¡Oh, qué gratas las tardes tranquilas
de alegre concierto!
El aire se esponja
de tibios reflejos,
y en la atmósfera hay gérmenes vagos
de algo que despierta y aviva el deseo.
De telas brillantes
las mujeres adornan su cuerpo;
y hay amor tan intenso en la tierra,
y hay amor tan ardiente en el pecho,
que á las ramas se asoman los brotes
y á los labios se asoman los besos.

SALVADOR RUEDA.

El triunfo del ideal.

NOVELA POR PEDRO CESAR DOMINICI

No tengo noticias exactas de este escritor. Creo que es joven y americano y tal vez rico y que vive en París. Y además que es un converso á la filosofía de Nietzsche que, en verdad, no es ser gran cosa cuando se es rico.

Declaro que el filósofo tudesco, muerto trágicamente poco ha, me encanta, porque su filosofía es un gallardo esfuerzo de arquitectura intelectual. Ha dicho cosas extraordinarias, hermosas monstruosidades, y ha ideado un sistema de vida, una concepción de la existencia que choca enormemente con nuestros hábitos espirituales y con los sentimientos más queridos del alma contemporánea. Ha cogido todo el edificio de nuestras preocupaciones sociales y éticas y lo ha arrancado de cuajo. Esto implica por lo menos una fuerza admirable.

Creo que la filosofía de Nietzsche está llamada á extinguirse por falta de ambiente; pero esto no obsta para que la reconozcamos como una de las más bravas aventuras especulativas que acometió jamás el espíritu humano.

En realidad, ningún filósofo ha gobernado al mundo. Una buena cosecha de trigo influye más en la marcha de la humanidad que un sistema filosófico nuevo. Esta duda de la esterilidad de su obra debió asaltar al mismo Nietzsche y trató de ahuyentarla invocando el caso de la India estacionada filosóficamente en un quietismo secular.

Fructifique ó no su obra, lo cierto es que el maestro fué genial, profundo y tal vez sincero. No así sus discípulos, que son por lo común casos de snobismo mórbido.

Da risa oir á cuatro señoritos aflautados predicar la dureza y la crueldad, pobres corderillos vestidos con piel de lobo, según la última moda intelectual.

En España, el prosélito más considerable que yo conozco es Ramiro de Maeztu, cuyo talento ha evitado el ridículo al

maestro. Ningúna filosofía se ha hecho para uso de los tontos y menos la de Nietzsche.

Lo que me enoja sobre todo en la turbamulta *moutonnière* que sigue al lobo tudesco, ese rebaño donde suenan más las esquilas que los aullidos, es el desdén que muestran hacia la democracia. Menosprecian el régimen y gozan de él. Son como los reaccionarios que abominan de la libertad... de los demás. No son enemigos de la libertad, como se cree, sino sus amantes más apasionados: la quieren toda para ellos.

Si no fuese una gran simpleza, sería una gran ingratitud el desdeñar á la democracia, la obra de generaciones heroicas que dieron su vida para establecer un régimen donde al individuo le fuese permitido moverse libremente. Sienten estos señoritos mansos la nostalgia del tirano: merecían ser lanzados á un régimen despótico para que los látigos de los cosacos les enseñasen á amar la democracia, á comprender que un régimen de libertad no deprime ni establece necesariamente la mediocridad, sino qne rompe trabas y abre horizontes al desenvolvimiento de las individualidades.

Los pobres de espíritu no pueden florecer bajo ningún régimen, y se desquitan de su impotencia culpando á la democracia. La libre competencia es un enérgico impulsor de vida, no el régimen del privilegio, el monopolio letal de una aristocracia enervada y enervante.

En una democracia que permite el libre juego de todas las energías individuales, los mediocres no pueden distinguirse como en un régimen aristocrático donde son pocos los llamados y se creen mejores, no porque hayan ascendido, sino por lo baja que está la masa. No se trata de elevarse, sino de que los demás desciendan. En la sierra sólo sobresalen las montañas de gran altura; en la planicie terrosa cualquier montículo se da aires de eminencia; el tuerto es rey en la tierra de los ciegos. Una florecilla modesta se yergue orgullosa en la estepa con pujos aristocráticos, pero en medio de un verjel vive avergonzada, y si supiese algo de esta filosofía nueva, diría que el verjel es deprimente y que lo bueno es la estepa.

Se me ocurren muchas cosas contra los cursis de la filosofía tudesca; pero quédense para cuando haya tiempo, que mimbres no han de faltar. Al talento le es permitido todo. Diógenes dijo á Alejandro: *Quítate de mi sol,* y Alejandro rió y respetó el sol de Diógenes, porque el gran cínico era una institución original de Grecia, con talento y con gracia; ¡pero estos señoritos!..

El Sr. D. Pedro César Dominici es un nietzsehiano con moderación; no se complace en ciertas brutalidades impías que sólo son tolerables en la pluma de un hombre de genio. Ha tomado de la doctrina del maestro la parte más inofensiva, la pasión por la belleza, lo cual no ofende á nadie. Sin embargo, hay algo de inconsistente y falso en esta exaltación *outranciere* de la belleza.

La vida es una cosa sumamente compleja y animada para reducirla á un puro fenómeno estético; es empobrecerla y afearla con una concepción lamida. Por lo demás, el libro del Sr. Dominici revela talento, buen gusto, un exquisito sentimiento de arte y cierta habilidad técnica, si bien las dificultades no son numerosas en una obra donde apenas hay acción externa, sino una psicología muy poco complicada, puesto que el conde de Cipria no es más que una ficción literaria, un maniquí relleno con los pensamientos é ideales del autor, esa concepción excesiva de la vida como fenómeno estético que conduce á aberraciones tan repugnantes como aquel amor incestuoso de la *Cittá morta* de Gabriel d'Annunzio.

El Sr. Dominici no ama la estética nauseabunda, y hace bien; es delicado y limpio; en su libro hay cuadros llenos de exquisita poesía. Posee un lenguaje rico de color, pero hay alguna monotonía en su estilo que encadena los períodos á la manera de los versículos bíblicos. Y además hay exceso de *americanadas*, mucho galicismo y giros exóticos que repugnan al genio de nuestra lengua y á nuestro genio individual, y no por preocupaciones casticistas, sino por un sentimiento de integridad patriótica que los americanos no saben respetar. La prosa americana suena desagradablemente en nuestros oídos y crispa nuestra nerviosidad nacional.

En medio de tantos vencimientos, sálvese al menos la independencia del idioma. Los americanos no tienen patria en este sentido; nosotros sí, y no queremos que nuestra lengua sea también colonia extranjera.

T. Orbe.

NOTAS DE LA EXPOSICION

LOS ARTISTAS CATALANES

Hay que confesar, y nadie puede demostrarnos lo contrario, que Cataluña representa un papel importantísimo en la Exposición de Bellas Artes de Madrid.

Santiago Rusiñol, el pintor poeta, presenta una colección de jardines que han llamado poderosamente la atención de los inteligentes. El artista catalán ha triunfado en toda la línea.

Los más enemigos de Rusiñol confiesan pesarosos que su triunfo es indiscutible. Su talento se impone, y sus jardines saturados de poesía se destacan brillantemente y dan una nota artística del tal fuerza, que le colocan sin duda ninguna á la vanguardia del arte español.

Se objetará quizá que Rusiñol es demasiado literato cuando pinta. Esto es verdad, como lo es también que es demasiado pintor escribiendo; pero eso, lejos de perjudicarle, en nuestro concepto, avalora sus obras y les da una fuerza y una intensidad tan grande, que difícilmente encontraríamos en nadie.

Se destacan sus jardines vibrantes entre aquel fárrago de tonterías sin pies ni cabeza que han presentado *artistas* reputados á quienes conoce *todo el mundo*, pero que dan muy pobre idea del arte Español.

Mir alcanza un triunfo inmenso. Es el primer paisajista; pinta como nadie, es un colorista intenso, y ha conquistado, á pesar de su juventud, el puesto de honor.

Nosotros, jurado, no vacilaríamos. En la sección de pinturas dan la nota Mir y Rusiñol.

¿Qué le parece á usted, Sr. Saint-Aubin?... Usted y sus compañeros de Jurado tienen la palabra.

—

Llimona presenta una escultura en mármol delicadísima con el título de «La comunión».

La presenta fuera de concurso; no quiere ir á la lucha, pues comprende que una segunda medalla á su obra no le dejaría satisfecho.

En Cataluña ha conquistado un nombre, su reputación es envidiable y todos sabemos que es un artista de talento que ha llegado con su propio esfuerzo muy adelante, y de quien el arte espera muchísimo.

No necesita hacer como Benlliure las cosas grandes para que se vean. Los que tengan el gusto un poco refinado, con seguridad se fijarán en la obra de Llimona, y estarán conformes con lo expuesto en estas líneas.

Otro escultor de mucho talento, premiado con primera medalla en la Exposición Universal de París, da otra de las notas vibrantes.

Enrique Clarasó viene ya consagrado del extranjero, y aquí en Madrid, con seguridad obtendrá otro triunfo.

Es el trabajo que presenta con el lema «Ganarás el pan»... un desnudo de hombre perfectamente hecho, de una intensidad tan grande y de tanta fuerza, que es indudablemente un estudio acabadísimo del natural.

Como no podía menos de suceder, ha llamado la atención el trabajo de Clarasó y Daudi, y ha venido á demostrarnos que es un artista de cuerpo entero que llegará allí donde quiera.

Se ve que el artista, después de rudos esfuerzos, ha triunfado de las mil y una dificultades con que se tropieza cuando se pretende poner en ejecución una obra de tal importancia. Su triunfo es debido á su gran temperamento de artista en primer lugar, y á estudios y trabajos previos que muy pocos son capaces de hacer.

Hemos visto también algunos cuadros y esculturas de jóvenes que prometen y de los cuales esperamos mucho.

De los viejos, poco podemos decir; lo hacen tan mal como en sus buenos tiempos.

Sorolla sigue siendo un gran pintor, pero un mal artista.

Es *indiscutible*, según muchos; pero á nosotros no nos parecen bien los trabajos del pintor valenciano, y en el número próximo le dedicaremos todo un artículo y hablaremos de él extensamente.

Luis ALTADA.

Imprenta de Antonio Marzo, calle de las Pozas, núm. 12.

-P. Ruiz Picasso-

EL CINTURON ELECTRICO

IMPORTANTISIMO

EL CINTURÓN ELÉCTRICO GALVANI es un aparato científico, aprobado y recetado cada día más por los médicos más eminentes.

EL CINTURON ELECTRICO GALVANI NO CONTIENE HUMEDAD ALGUNA, ES INOFENSIVO Y SIEMPRE EFICAZ, *para la curación de toda clase de enfermedades crónicas.*

Es tanta la aceptación que ha tenido **EL CINTURON ELECTRICO GALVANI,** que seguidamente han salido mercaderes sin conciencia, **ENGAÑANDO AL PUBLICO CON UN ADEFESIO TITULADO ELECTRICO,** que ha perjudicado á los pocos incautos que lo han comprado.

NO DEJARSE ENGAÑAR *por los imitadores que expenden un artefacto anticientífico y nocivo á la salud*

Médicos eminentes certifican haberse curado centenares de enfermos con el **EL CINTURON ELECTRICO GALVANI,** que cura:

La impotencia, la vejez prematura, el agotamiento de fuerzas, la neurastenia, el histerismo, las enfermedades de la medula, la anemia cerebral, el reumatismo crónico, las dolencias de los riñones, de la matriz, de los ovarios y del estómago.

EL CINTURON ELECTRICO GALVANI ha sido el **PRIMER APARATO ELECTRICO** de esta naturaleza introducido en España. **TODO LO DEMAS SON FEAS IMITACIONES.**

Sólo con EL CINTURON ELECTRICO GALVANI puede verificarse la verdadera cataforesis.

Oficinas: Puerta del Angel, 7, Barcelona, y *Caballero de Gracia, 8, principal, Madrid.* De diez á una y de cuatro á siete; días festivos, de diez á una.